quinientos metros de longitud, y cabalgando atrevido por medio de las aguas, que combaten sus reparados estribos de sólida estructura, marcha impávido en angulosa trayectoria por la ría, fingiendo dividir en dos ramales su ancha agitada superficie, para enlazar con el resto del territorio el deforme y rocoso peñasco, por cuyas protuberancias y vertientes, y al amparo en otro tiempo del desmantelado castillo, hoy en ruinas tristes convertido, se encaramó orgullosa la población marina.

«Al extremo del puente, dominando la ría con sus galerías abiertas al Sur y á Levante», y ya reducido á informes escombros, «un convento franciscano, edificado, como sus hermanos, de limosna, dice Gonzaga, año de 1468», sale al paso del viajero, denunciando las pasadas grandezas de la villa: de sus miembros despedazados han tomado posesión pacífica el musgo y las trepadoras plantas que los cubren, como pretendiendo ocultarlos bajo la esplendorosa pompa de su verdura exuberante, ó como si llorasen á ellos abrazados la triste suerte á que el destino condenó la fábrica. «La casa de Guevara, que poseía... los inmediatos estados de Treceño, tomó para sí el patronato de este convento», puesto bajo la advocación del seráfico San Francisco; «dotóle de capellanías, labró la capilla mayor é hizo el retablo y el coro, con un aposento para que se alojasen sus señores, que se llamó *la celda de los Guevaras*», quienes allí y en Escalante se hicieron enterrar alternativamente. Escasos han sido el desarrollo y la prosperidad de la villa desde los tiempos en que tomó participación en las empresas marítimas de las del Cantábrico, á juzgar por su aspecto y su fisonomía, y por el número de sus edificios, tendidos los unos á lo largo del silencioso puerto, amontonados los otros en el promontorio que la sustenta. No han sido vientos bonancibles los que soplaron seguramente para ella, desde que decayó la importancia naval de sus hermanas, quienes habían antes impuesto leyes en los mares á Inglaterra,—á pesar de su hermosa posición, que no fué desdeñada por los romanos, quienes en aquella ancha y

espaciosa boca por donde la ría penetra majestuosa en el Océano, reconocieron el puerto de *Vereasueca*, propio de los orgenomescos.

«En las lejanías de su embocadura, al pie de los merlones de Santa Catalina y del venerado santuario de Nuestra Señora de la Barquera, se ven agitar las bulliciosas ondas que dan voz á la soledad y acento á las ruinas; pero á la ribera llegan calladas y adormidas, cual si ya su fuerza, su ayuda, su flexibilidad y movimiento fuesen inútiles para la muerta navegación y el desaparecido comercio.» «Algún cabotero fondea en la rada que armaba arrogantes escuadrillas balleneras, y que pretende haber sido cuna de los bajeles guiados por Bonifaz á la empresa de Sevilla»; y sin embargo, á partir de este hecho memorable, antes quizá, bajo la protección del vencedor glorioso de las Navas, por el valor, la industria y la tenacidad de sus habitantes, gozó San Vicente de la Barquera preeminencias singulares, como recibió el fuero municipal de San Sebastián, que está en su mayor parte tomado á la letra del de Estella (1), y vió comenzar la labra de su templo, dentro de los muros de su fortaleza. Para ella, como para Santander, Castro-Urdiales y Laredo, dictábase, cual creen algunos en los días de Alfonso *el Sabio*, el arancel de derecho para las aduanas de las marismas de Castilla (2), y prueba eficaz era de la importancia mercantil que obtuvo, el hecho de que en ella residiera gran número de judíos, cuya memoria conserva todavía; pero por desventura, y cuando quizás se disponía á recoger el fruto de largos años de afanar incesante, en los cuales sus hijos habían intervenido con gloria suya en los principales acontecimientos navales de los siglos XIII y XIV,—voraz incendio destruía en poco tiempo la próspera villa

---

(1) MUÑOZ Y ROMERO, *Refutación del opúsculo: Fueros francos.—Les Communes françaises en Espagne et en Portugal, pendant le moyen-âge*, pág. 17 donde afirma que dicho fuero municipal «se otorgó á varios pueblos, entre ellos á Asteazu, Fuenterrabía, Guetaria, Hernani, Motrico, Orio, Rentería, San Vicente de la Barquera, Ursibil, Zarauz y Zumaya».

(2) Véase en los *Apéndices*.

el año de 1483, y obligaba á gran número de sus moradores á emigrar desconsolados y tristes á lugar no lejano, fundando entonces la inmediata y hoy importante población de Comillas (1).

Atentos los conquistadores de Granada á su restauración, dotábanla en 1495, según quedó indicado, del hermoso *Puente de Mazas*, y bien claro aquella obra verdaderamente notable, ponía de manifiesto el interés que la villa les inspiraba, quizás por mediación y á instancias del licenciado Antonio del Corro, natural de San Vicente de la Barquera, cuyo Ayuntamiento conserva, como reliquia, el sello del antiguo Concejo del siglo XIV, y en el cual campea sobre las ondas una embarcación con cuatro tripulantes y un solo palo; tendida aparece en él la *traynera* de gruesas mallas, encima de las que quedan cautivos cuatro grandes peces, girando en torno la leyenda, en caracteres monacales de relieve: ✠ S(*igillum*) · concelii · de san · bicent de la barquera · — Aquí en 1517, «mozo, extraño á las costumbres españolas, inexperto en nuestra habla, abierto el corazón á todas las grandezas humanas, capaz de poblar y enriquecer la región más desierta y vasta y miserable, con las ilusiones y bríos de su ánimo esforzado»,—llegaba el egregio emperador Carlos I. «Había desembarcado en un puerto de Asturias;

SAN VICENTE DE LA BARQUERA.—Sello del Concejo en el siglo XIV

(1) Así lo afirmaban los Reyes Católicos en la «Executoria» citada arriba, y de que da noticia el Sr. Leguina, tomándolo de sus *Apuntes para la historia de San Vicente de la Barquera*, opúsculo publicado en 1875 y de edición tan corta, que aun á altos precios no ha sido por nosotros dado adquirir un ejemplar de ella, por más que repetidamente lo hemos intentado.

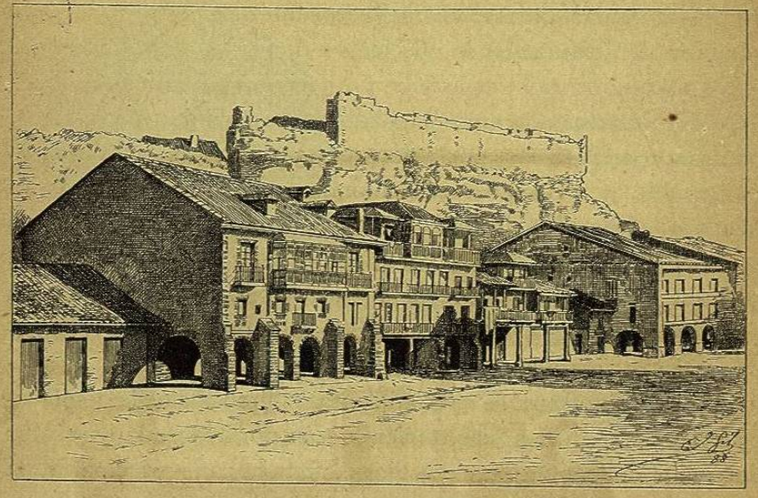
«mas por no poder estar la armada en Villaviciosa,—escribía el historiador Sandoval,—pasó á Santander, y el rey fué por tierra á San Vicente de la Barquera, donde estuvo algunos días (1)», «cabalgando por estas asperezas, entregado todavía á la rapacidad y codicia de Xevres y sus flamencos, ignorante del valor de la tierra que su bridón pisaba y había de ser pródiga en darle la copiosa sangre necesaria para alimentar la fama y el terror de sus arrojadas naves é invencible infantería (2)».

Hoy, tan distinta de lo que fué sin duda,—es uno de los distritos marítimos del departamento del Ferrol, y aduana de segunda clase, habiendo durante el año económico de 1890 á 1891, importado mercancías por valor de 3,336 pesetas, y exportado en cambio y principalmente blondas y calamina por valor de 108,353 pesetas. Cercada un tiempo de fuertes muros en lo alto del peñasco, que, como empinada península, á la una y otra parte se mira en sus dos anchurosos esteros,—nació la villa dentro de aquel cinturón de piedra que la oprimía y la resguardaba al par, para extenderse luego por las vertientes meridionales del promontorio, el cual adelanta en dirección de la confluencia tranquila de sus aguas, teniendo aún por avanzada los restos derruídos del castillo, á cuyo pie se dilata la calle principal de la villa, la *calle de la Barquera*, con edificios levantados sobre porches, reforzados con fuertes estribos y de aspecto pintoresco y rudo, los cuales destacan sus balcones corridos y sus salientes miradores, sobre la mesa rojiza de los murallones de la que fué su fortaleza defensora en otras edades. Por las pendientes vías empedradas, «encarámase el viajero á buscar la iglesia, guía elocuente en los pueblos viejos, abierto libro que de ellos cuenta [á las veces] la edad en su arquitectura, los linajes en sus sepul-

(1) «Algunos historiadores, y el mismo Sandoval en otro lugar de su historia, aseguran que el Emperador hizo esta travesía por el mar».—«Era mediado Septiembre de 1517; tenía por consiguiente Carlos V diez y siete años» (Nota del Sr. Escalante).

(2) Escalante, Op. cit.

cros, las costumbres en sus ex-votos, la piedad en su conservación y aseo, las grandezas en su ornato, los dolores en su aparato fúnebre, en la llama perenne de sus lámparas y cirios»; y luego de subir no sin dificultad hasta la *calle* denominada *de San Vicente*, llégase á la apellidada *Calle Alta*, sobre «el descarnado lomo de la peña», apareciendo frente á la desembocadura de la primera, gallardo edificio, digno de que en él detengas, lector, un punto la mirada.

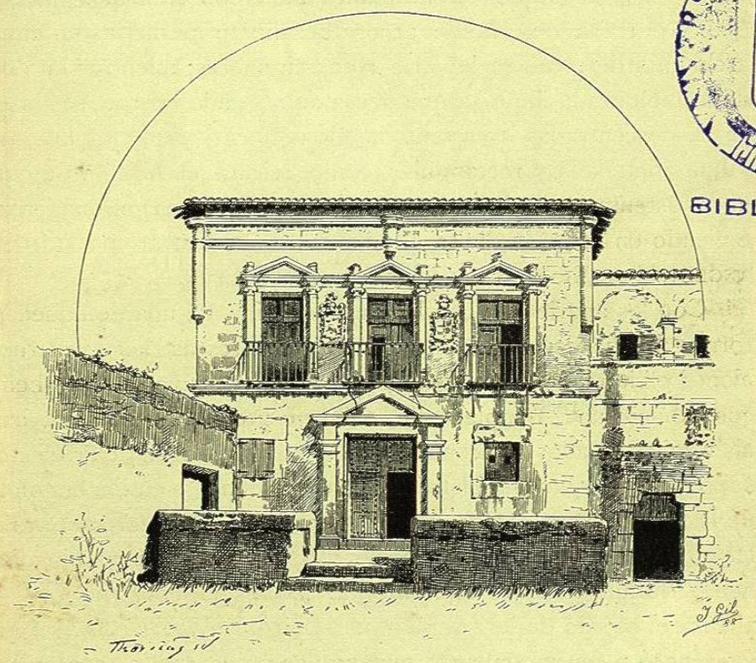


SAN VICENTE DE LA BARQUERA.—Calle principal de la Barquera y restos de la ciudadela

«Es elegante tipo del renacimiento imperial», y «labrado de esa arenisca tostada, rica de tono y fina de grano, tan común en la Montaña,—sobre un cuerpo sin otro adorno que su frontón toscano encima de la puerta» apilastrada, «alza otro calado por tres balcones flanqueados de columnas jónicas estriadas; un recio cornisón remata la fachada, cuyos aristones se tornean y desenvuelven en pilares cilíndricos», y estimándose como obra del Licenciado Antonio del Corro, no falta quien sin razón

valedera la conceptúa casa natal del mismo, cuando fué edificada para asilo de pobres y desventurados. Á uno y otro lado del balcón central que, cual los laterales y la portada, lleva como coronamiento igual frontón,—destacan sendos blasonados escudos, cuyas armas y divisa habremos de ver en breve más de

BIBLIOTECA



SAN VICENTE DE LA BARQUERA.—Casa del inquisidor Corro

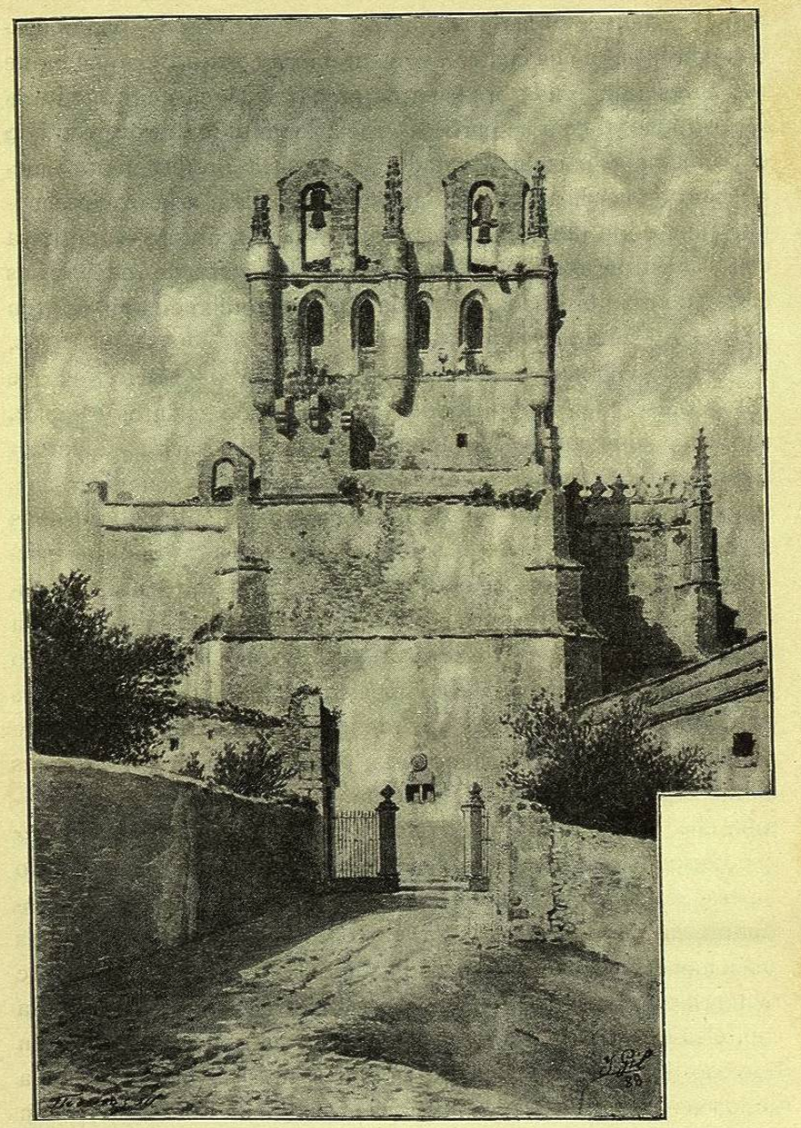
cerca, y «desde el arquitrabe habla el fundador al transeunte en esta inscripción abierta en tres trozos sobre los tres balcones:

= PAVPERIBVS VT SVBVENIAT = HANC EX VETVSTISSIMA REEDIFICAVI DOMVM = PVLCHRAM SED PVLCHRIOREM QVAERAMVS »=

Á la izquierda, y á poco andar, descúbrese el ábside de la iglesia, extraño en su disposición y aparato, y semejando más

fortalecida atalaya guardadora, que miembro de la casa consagrada á la oración piadosa; pero antes de llegar á ella, antes de trasponer la reja que cierra su atrio,—verás, lector, á la izquierda de esta entrada los derruídos restos de un edificio levantado en las postrimerías del siglo XV, si no lo fué en los días primeros del XVI, decorado en la planta baja con un arquillo conopial, y portada de grande arco de saliente periferia, en cuya archivolta destacan reelevadas rosas circulares, mientras en pos de la moldurada imposta que acusa su segundo cuerpo, se abren en él, descentradas, tres ventanas de arco carpanel, molduradas, y una adintelada y rectangular, como resalta el blasón, de que hace ostentación un ángel, y en cuyo campo surge una cruz, teniendo en torno la divisa que hemos de encontrar más tarde: ANGELVS ‖ PELAIO ‖ ET SVIS ‖ VITORIAM.

Con las apariencias, en la zona superior, de una de aquellas torres fortificadas que flanqueaban pintorescas las construcciones militares de los siglos XIV y XV, pero cuyo aparato belicoso dulcifican y templan sin embargo y en gran manera, así las agujas ornadas de trepado que plantan con singular efecto sobre las tres garitas distribuídas en el frente y en los ángulos de la torre, como las dos sencillas espadañas que forman entre las agujas referidas el campanario, y las cuatro ventanas ojivales que perforan graciosas el frente de la misma construcción,—avanza el ábside de la *Iglesia parroquial de Nuestra Señora de los Angeles*, en un cuerpo rectangular y desornado, repartido en tres zonas, robustas con exceso las dos inferiores, y compuesta la tercera, según queda insinuado, por la torre antes mencionada. Recios y desornados, contrarrestan el empuje de la fábrica con su poderosa mole, sendos estribos colocados á la una y otra parte, con tres retallos, que llegan resolviéndose en agudo y facetado espigón, á exceder de la altura de la segunda zona, mientras en la inferior, y frente á frente de la entrada en el atrio, como única y singular decoración resalta á la altura de un hombre, circular medallón de laurel, que recuerda las influen-



SAN VICENTE DE LA BARQUERA.—Ábside torreado de la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de los Ángeles

cias renacientes en las postrimerías del xv.º siglo, con resaltadas estrellas en sus cuatro segmentos; por bajo de aquel exorno, ábrese ajimezada ornacina de arcos carpaneles, figurada por fibroso leño al cual se enrosca graciosamente reelevada cinta, y cuyo mainel ó parteluz facetado, se muestra profusamente enriquecido de cardinas menudamente trabajadas; á la izquierda, y por cima de la moldura del basamento, descúbrese empotrada en la construcción una piedra, en la cual destaca de relieve procesional cruz florenzada, cobijada por un arquillo de hojarasca, y pequeño grumo del siglo xv.

Dando vuelta al monumento, que con tan singulares caracteres se presenta, distinguiéndose por ellos de cuantos templos son conocidos en la Montaña,—en pos de varias y diversas apostillas que cumplen su oficio de robustecer y solidificar con su esfuerzo la fábrica,—al fin, en la fachada meridional, y frente á verde y húmeda pradera, sobre el ancho estero que por este lado circuye la península de San Vicente de la Barquera, muéstrase la portada, principal sin duda: breve y ancha escalinata de lustrosas gradas resbaladizas, entre las cuales crece el musgo, dan acceso á aquella, compuesta de hasta seis arcos concéntricos de medio punto, recordando más que en su aspecto en los elementos que la forman, los utilizados en la iglesia de *Santa María de Portu* de Santoña. Desdichadamente pintada toda ella, no es dable gozar por completo de las entalladuras que enriquecían los volteles, en alguno de los cuales se advierte á pesar de todo la decoración de dientes de sierra, como se distingue aún en la periferia las estrellas y las flores propias del *estilo románico;* columnas acodilladas de recio fuste, basas características, levantadas sobre saliente zócalo de poca altura, y capiteles historiados, con vichas, aves y figuras humanas, todo borroso bajo la pintura verde que los cubre,—soportan cinco de los seis volteles, dando conocimiento exacto de la época en la cual fué tal miembro de la iglesia construído; pero quizás el incendio de 1483, ó circunstancia desconocida de aquellos

días ú otros muy próximos á ellos, hizo indispensable la reforma de esta portada, añadiéndole entonces el sexto y más interior voltel, y estrechando el hueco de la puerta, que es de arco rebajado, columnillas de juncos coronadas de cardinas, obra del siglo xv, ó quizás de los días del Emperador Carlos I, á juzgar por la cornisa que forma el tímpano, donde manos posteriores, mal aconsejadas, han colocado una cruz de piedra como eje, y á cada lado un blasón: el de España y el de la villa.

En la única enjuta que resulta exenta, destaca humano busto, y en el chaflán del cuerpo saliente de esta portada, ya perdido el fuste, figura todavía el capitel románico, sucediéndose hacia poniente en larga serie robustos contrafuertes y murallones almenados que acreditan lo que revela desde luego la airosa torre del ábside: que debió un tiempo de hacer oficio quizás de fortaleza, y que estuvo defendida convenientemente.—Entre dos estribos avanza la portada de la imafronte, ofreciéndose en mayor estado de integridad que la del Mediodía; y revelando haber sido siempre menor su importancia, es de menor vuelo, y consta sólo de cuatro arcos asimismo concéntricos, con otras tantas columnas de corto fuste, acodilladas, á cada parte. Libre por dicha de pintura,—ostenta al descubierto su decoración, y muestra enriquecidos sus volteles por característicos dientes de sierra, lazos que cogen el baquetón y otros exornos, ya confusos, mientras en el bocel saliente de la periferia se desarrolla gracioso exorno de ondas de resalto, dándole apariencias de guirnalda. Cónicos los capiteles, hállanse compuestos de vichas, y el más interno del ala de la derecha tiene por el frente exterior un león ya gastado, y por la interior un castillo, alusivos sin duda á la época en que hubo de ser labrado este ingreso, y emblemáticos visiblemente de las armas reales, pareciendo ser dos placas sobrepuestas.

Ajedrezada ó jaquelada, pues de ambos modos puede decirse, es la imposta general, que vuelve con otros motivos ornamen-